

PLAZA PÚBLICA
MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

El ganador de esta pelea es...

La estrategia de Diego Fernández de Cevallos consistió en tomar la iniciativa en el histórico primer debate entre candidatos presidenciales con posibilidades reales de triunfo, pero si se tratara de señalar ganador, tendría que decirse que el triunfo pertenece a todos porque entraña un proceso cívico.



No era una pelea de box, y ni siquiera una competencia deportiva de otra índole, menos agresiva. Por lo tanto, debemos resistir la tentación de imaginar un podio donde un candidato presidencial obtiene la medalla de oro, otro la de plata y el tercero la de bronce. Hemos de reconocer, sin embargo, que Diego Fernández de Cevallos, el aspirante panista, aprovechó su experiencia parlamentaria para tomar la ofensiva en el debate efectuado anoche, y con esa actitud puso en jaque a sus adversarios, a quienes lanzó imputaciones directas. Frente a los ciudadanos que esperaran del encuentro entre los tres principales candidatos presidenciales algo semejante a una reyerta, es indudable que el aspirante panista se alzó con la victoria. El del PRI, el doctor Ernesto Zedillo, sonrió demasiado, denotando un forzamiento escenográfico, y la habilidad de quien está habituado a explicar pero no a discutir, mientras que el del PRD, el ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas, se mostró como quien es, parco en el hablar, adusto en la expresión y reiterativo en sus juicios.

La estrategia de Zedillo y Fernández de Cevallos se concentró en atacar a Cárdenas y su partido. Fue significativo que el aspirante panista dedicara a Cárdenas, en el capítulo de réplica su turno largo, de cinco minutos, y el corto, de tres minutos, lo consagrara a impugnar a Zedillo. Cárdenas reaccionó con lentitud, ensayó algunos rictus semejantes a la sonrisa y fue adquiriendo confianza hacia el final, con lo que tuvo un cierre más afortunado que el resto de sus intervenciones.

Por su propia naturaleza, un debate entre candidatos presidenciales no ofrece novedades en cuanto a los programas y las actitudes de los participantes. Los han expuesto con intensidad en los meses o semanas anteriores. Si el rígido formato acordado por los tres partidos hubiera incluido la referencia obligada a ciertos temas específicos, la oportunidad de cotejar los puntos de vista de cada quien hubiera sido rendidora, prove-

chosa. Pero no fue así. Eso no obstante, fue lógico que cada uno abordara con su inclinación y estilo particular los temas cruciales de esta hora, como la inseguridad pública, la educación, la reconstrucción de la economía. No son sorprendentes, sino al contrario, esperables, las coincidencias que tanto en algunos tramos del diagnóstico como en las soluciones ofrecidas, se aprecia en los tres candidatos, porque no hay espacios amplios para respuestas alternativas.

Fernández de Cevallos se mostró articulado en todo momento, y la naturalidad de sus intervenciones le permitió algunos rasgos humorosos. Aun su forma de plantarse frente al micrófono revela la enorme utilidad que ha obtenido de su paso por la tribuna parlamentaria. Ya antes, por ser un viejo y activo militante de su partido, donde las habilidades tribunicias son necesarias y estimuladas, había ya cobrado experiencia en el debate, pero ha afinado sus habilidades en los torneos de oratoria que son propios de la

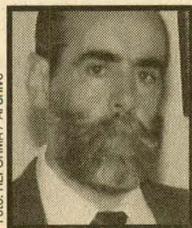


Foto: REFORMA / Archivo

La experiencia parlamentaria del candidato presidencial panista Diego Fernández de Cevallos fue determinante en la preeminencia que adquirió su actitud en el debate de anoche. Por añadidura, su historia de activo panista explica sus dotes de polemista en un partido que favorece la discusión.

discusión legislativa. En ella, y así lo evidenció en el debate de anoche, hay que tener claridad en los argumentos y adicionalmente, o a falta de ellas, contundencia en la construcción verbal. No faltó al respeto a sus rivales, pero se acercó al límite de la provocación. Sus referencias al desempeño de Cárdenas en el gobierno de Michoacán constituyeron el cobro de viejas cuentas del panismo local contra el gobernador de 1980 a 1986. Fue muy eficaz su consideración de que Zedillo, a pesar de ser un buen chico, con altas calificaciones, no aprueba la asignatura de la democracia, pues su designación viene de dos tragedias, el asesinato de Colosio y la designación presidencial.

Zedillo no ha sido elegido nunca para cargo alguno. Su experiencia en comunicación se ha producido en la redacción de memoranda y proyectos, y en su explicación y defensa ante el gabinete, con reglas por entero distintas de las vigentes anoche. Esa inexperiencia se agregaba a la inevitable desventaja de los candidatos oficialistas, que tienen que mostrarse solidarios con el gobierno del que formaron parte, o formular indirectamente críticas a su gestión con el riesgo de no ser creídos. Invirtió demasiada energía en los aspectos exteriores (el gesto sonriente, las manos enfatizadoras que incurrieron a veces en el descontrol). Su tono pausado y optimista se rompió por lo menos dos veces, cuando acusó a sus contrincantes de lucrar políticamente con el asesinato de Colosio y urgió a Cárdenas a pedir disculpas a la familia Colosio por haberlo llamado, en vida, mal mexicano. También a Cárdenas se dirigió otra subida de tono, al tacharlo de mentiroso respecto de los libros de texto.

Cárdenas fue senador, pero sólo perteneció tres meses a su Cámara, pues ingresó a la administración federal. Y si bien su bitácora como gobernador y candidato presidencial registra ya abundantes recorridos y encuentros con la prensa y la radio, sigue teniendo dificultades para sus presentaciones en la televisión. Se detuvo demasiadas veces en la consulta a sus notas e incurrió en silencios que en los medios audiovisuales parecen excesivamente largos. Normalmente articula mejor sus mensajes que en esta oportunidad, en que sin embargo se permitió una ironía sonriente a propósito de la cerveza que Zedillo aceptó tomar con taxistas, pidiendo que pareciera sidral.

Sobre la marcha, estas notas apresuradas recogen mi primera impresión sobre un debate que por el solo hecho de interesar a millones de mexicanos constituye un progreso cívico del que todos, aun los menos afortunados en la discusión, debemos felicitarnos.